

MAURICE DUVERGER

El ingreso de España en el MEC pasaría por un régimen democrático



Maurice Duverger, jefe del Departamento de Ciencia Política de la Sorbona y catedrático de Derecho Constitucional e Instituciones Políticas de la Facultad de Derecho, vino a España invitado por el Seminario de Derecho Político de la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid. El profesor Duverger pronunció una conferencia en dicho Seminario, el martes 13, sobre el tema «Evolución de los regímenes políticos de la Europa Occidental». Como se sabe, la conferencia prevista en el club Jovellanos, sobre «La evolución de los conflictos políticos en los países mediterráneos», fue prohibida por decisión administrativa. El día 14 habló en el Instituto Francés sobre «La República giscardiana», y una semana antes lo había hecho en la Cátedra Unamuno, de Salamanca, examinando allí la estructura política de los sistemas políticos europeos. Colaborador, desde primera hora, del diario «Le Monde» y autor de numerosas obras, Duverger es un defensor apasionado del sistema parlamentario. Casi todos sus trabajos giran en torno a este sistema organizativo de las estructuras liberal burguesas. Algunos de ellos han sido traducidos al castellano: «Manual de derecho constitucional e instituciones políticas», «Sociología política» e «Introducción a la política». Su última obra, publicada por Robert Laffont en 1974, se titula «La monarquía republicana, o cómo las democracias se organizan Reyes», y está publicada en España por Dopesa (Barcelona).

T RIUNFO.—¿Cuál es, según usted, el porvenir de los partidos políticos?

DUVERGER.—Siempre es difícil predecir el porvenir, pero compruebo que los partidos políticos desempeñan hoy, en los Estados democráticos occidentales, un papel más importante que antes de la guerra. La estructura de las democracias occidentales está muy ligada hoy a la organización de grandes partidos disciplinados. En efecto, a causa de una organización de grandes partidos disciplinados, los grandes regímenes europeos, por ejemplo, son regímenes en los que los Gobiernos duran toda la legislatura, en los que hay una estabilidad, una eficacia política mucho mayor que antes de la guerra. Así, compruebo que los grandes partidos políticos se han convertido en una de las bases de la organización de la democracia occidental.

T.—¿Cree usted que la democracia sigue siendo un régimen válido ante las nuevas agresiones económicas?

D.—Existen dos interpretaciones posibles de la crisis económica actual. Algunos dicen que es el principio de la gran crisis del capitalismo. Yo no estoy muy seguro de mi diagnóstico —uno siempre puede equivocarse—, pero personalmente yo no creo eso. Yo pienso que se trata de una crisis relativamente limitada, que deriva de los problemas del petróleo y de las materias primas, pero más aún de los problemas monetarios. La crisis es el resultado de la devaluación del dólar y del hecho de que no exista ya ninguna moneda occidental —ninguna moneda de los grandes países industriales—; creo que no debiera tener consecuencias en las estructuras de los sistemas democráticos. Como le decía, las democracias occidentales son mucho más eficaces que antes de la guerra, y creo que tienen la capacidad de resolver esta crisis. Claro está, hay que dejarles cierto tiempo.

T.—¿Conoce usted la ley española de asociaciones?

D.—Me han hablado de ella, y pienso que si se quiere establecer un sistema democrático, es

absolutamente inútil jugar con las palabras. Lo que es necesario, profundamente necesario para el funcionamiento de una democracia occidental, son los partidos políticos. Entonces, si ustedes quieren llamarles asociaciones en lugar de partidos, a mí no me parece mal, pero, sabe usted, uno de nuestros grandes autores franceses decía: «J'appelle un chat, un chat» («Vale más llamarle a un partido, partido»).

T.—Hay una pequeña diferencia, y es que las asociaciones implican el reconocimiento de ciertos principios.

D.—Si se quieren reconocer los partidos políticos, hay que dejarlos libres de expresar ellos mismos sus tendencias y sus doctrinas. La libertad de los partidos políticos no debe ir acompañada

versario de Europa, lo cual es muy hermoso, pero, en realidad, los europeos, hasta ahora (salvo algunas excepciones, en particular Francia), cada vez que han tenido que elegir entre una decisión europea autónoma o seguir a los americanos, siguieron a éstos. Voy a ser un tanto cruel, pero Europa me hace pensar en esa célebre marca de discos fonográficos —como se decía antaño—, «His Master's Voice» (La Voz de su Amo): eso es lo que me parece Europa. Cuando ésta quiera tener su política autónoma, podrá hacerlo, pues tiene los medios materiales para ello. Lo que le falta por el momento es esa voluntad, el deseo de ser autónoma.

T.—¿Cómo debería ser el Parlamento europeo?

D.—Yo creo que no se puede



«Si se quiere establecer un sistema democrático, es absolutamente inútil jugar con las palabras.»

de ninguna limitación, salvo el respeto de las reglas democráticas.

T.—¿Cómo ve usted el porvenir de Europa?

D.—Creo, en primer lugar, que el drama de Europa Occidental estriba en que los europeos no tienen una verdadera voluntad europea. Se acaba de festejar el ani-

hacer un Parlamento válido, serio, si no existe en el conjunto del territorio que controla ese Parlamento una voluntad política. Un Parlamento europeo no quiere decir nada si no hay una autoridad política europea, un Gobierno europeo. Pero no puede haber un Gobierno europeo mientras no exista esa voluntad de vivir uni-



«La definición de la democracia occidental es muy fácil: partidos políticos, elecciones libres y un Parlamento».

dos y de forma autónoma. En resumen, creo que el problema de la federación europea total hay que plantearlo a largo plazo. Las naciones son todavía muy fuertes en Europa, y no se trata de suprimirlas; no sería posible.

T.—¿Qué posibilidades tendría España de pertenecer a esa futura Europa parlamentaria?

D.—Creo que por el momento el problema no se plantea en vistas a una Europa parlamentaria. Creo que lo importante para los españoles es entrar en la Europa económica, en el Mercado Común. Y para que España pueda entrar realmente en el Mercado Común, tiene que pagar un precio, que consiste en establecer un régimen democrático. Y ahora llegamos a la Europa parlamentaria. Por el momento, el Parlamento europeo no es muy importante, pero lo que sí lo es es que exista un Parlamento, elecciones libres, partidos, una democracia de tipo occidental en cada uno de los países miembros de la Comunidad Europea. De ahí se puede pasar más tarde a una Europa unida y parlamentaria.

T.—Las Leyes y los Principios Fundamentales españoles podrían dar paso a un régimen democrático sin modificarse a sí mismos?

D.—No es posible abrir la vía a un régimen democrático si no

se permite una libre organización de partidos y si no se autorizan elecciones libres. Sabe usted, la definición de la democracia occidental es muy fácil: partidos políticos, elecciones libres y un Parlamento compuesto de esta forma. Por el momento, las leyes españolas no permiten esto. De todas formas, creo que el sistema puede evolucionar. Pero mientras no lo haga, no hay ninguna posibilidad de que exista una verdadera democracia.

T.—¿Le sorprendió la prohibición de su conferencia en el Club Jovellanos?

D.—La primera reflexión que se me ocurrió tras la prohibición es que no me parecía que fuese muy subversivo que un profesor de Ciencias Políticas fuese interrogado por los españoles sobre la política mediterránea y sobre los problemas del Mediterráneo. Creo que, a no ser que se trate de un error geográfico, España tiene costas en el Mediterráneo, así como Francia, y que existen problemas mediterráneos. De todas formas, me parece muy paradójico, pues se prohibió mi conferencia, pero al mismo tiempo he sido entrevistado por periódicos del Movimiento, por la radio y la televisión. ■ Declaraciones recogidas en magnetofón por RAMON CHAO. Fotos: FERNANDO MILLAN.

LOS CONTEMPORÁNEOS

El profesor Duverger cree que "España va hacia la democracia". ¡Miel para tu boca!, como dicen los sefarditas. Y Santa Lucía le conserve la vista... Iba a decirlo en una conferencia en el Club Jovellanos, pero por uno de estos "détours" que

toma la vía democrática en nuestro país, la conferencia fue suspendida. Se lo ha podido decir a los periodistas, y hasta ahora no hay noticias de que los periódicos que publicaron sus declaraciones hayan sido secuestrados, lo cual es un buen síntoma. Hay otros muchos síntomas para abonar la profecía del gran teórico francés. Por ejemplo, el tablón de anuncios del Ateneo de Madrid, donde doña Carmen Llorca —aquella que puso allí don Ricardo de la Cierva, ilustre demócrata contemporáneo, para mantener la democracia de la vieja casa— advierte que las reuniones que pasen de cinco socios "quedan rigurosamente prohibidas". ¡En la "Cacharrería"! Tomándolo todo en el buen sentido, ello quiere decir que hasta cinco socios están autorizados. Uno más, y doña Carmen Llorca, presidenta, le echará a la calle: "Será sancionado con la expulsión del centro". Para aquellos otros que "sean sorprendidos provocando disturbios durante la celebración de actos culturales" hay algo más: "serán expulsados de este centro, independientemente de otras sanciones a que hubiese lugar". La Dama Demócrata y añista internacional de la mujer puede, por lo visto, imponer sanciones también, fuera del centro, a socio expulsado. "Debajo de este anuncio —dice el redactor del diario Pueblo, redactor a quien yo daría un Pulitzer personal por su capacidad informativa— hay otro de entradas reducidas para el teatro Martín". Esto es, me informo yo, para ver a José Sazatornil, "Saza", haciendo "Extraños en mi cama". Las vías culturales del Ateneo de Madrid son inescrutables.

Como el camino hacia la democracia que ve venir Maurice Duverger, aunque —astuto— no sabe cómo ni cuándo. A veces pienso si vino el verano pasado —como el amor en Marienbad— y se nos escapó viva. O la apalearon en los riñones algunos

paralelos expertos, y está metida ahora en un riñón artificial. Puede ser que esté aquí, entre nosotros, pero en la clandestinidad. Tal vez la vemos pasar por la calle, y como no la conocemos —aunque los de nuestra generación tengamos un recuerdo vago, mezclado con el del primer amor, la primera Celia Gámez, el vuelo de Ramón Franco con la bandera republicana sobre los tejados de Madrid, y un ramito de lilas de la Casa de Campo en el primer abril, en el primer mayo en que dejó de ser real sitio y se abrió al pueblo—, y probablemente nos daríamos cuenta si la viésemos aparecer en alguna esquina...

La democracia no ha venido, y todos sabemos cómo no ha sido. Aunque probablemente sea una impresión subjetiva y cada uno reciba a su democracia y la palpe como lo sienta. Quizá para los apaleados de riñones ha venido ya y hay que expulsarla; quizá para mí, descontentadizo y perfeccionista, no llegue jamás. Puede ser para algunos lo que se llama un amor imposible... Hay quien la ve venir del brazo caballeroso del señor Herrero Tejedor, como hace el diario Pueblo en un editorial que titula con la frase de Duverger: "Hacia la democracia". Y lo sitúa en ¡la Ley de Incompatibilidades! "La aprobación del régimen de incompatibilidades de los consejeros equivale a un positivo avance democrático, que debe ser agilizado y ejercido con toda autenticidad".

¡Miel para tu boca! Pero, ¡ay!, veo que van llegando las democracias de los demás, que cada uno tiene su doncella que acariciar. Y yo me quedo solo... ■

POZUELO